m2
SUPLEMENTO DE VIVIENDA DE PAGINA/12
AÑO 3 - N°146
SABADO 17 DE NOVIEMBRE DE 2001

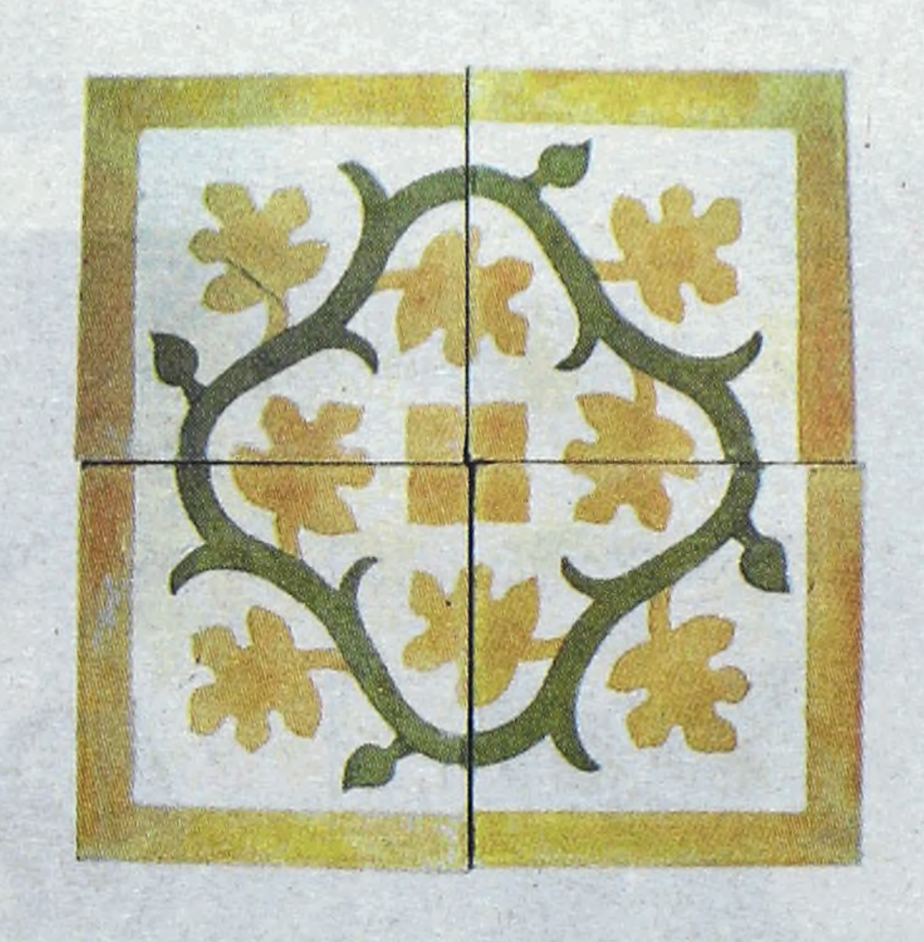


PABLO PIOVANO

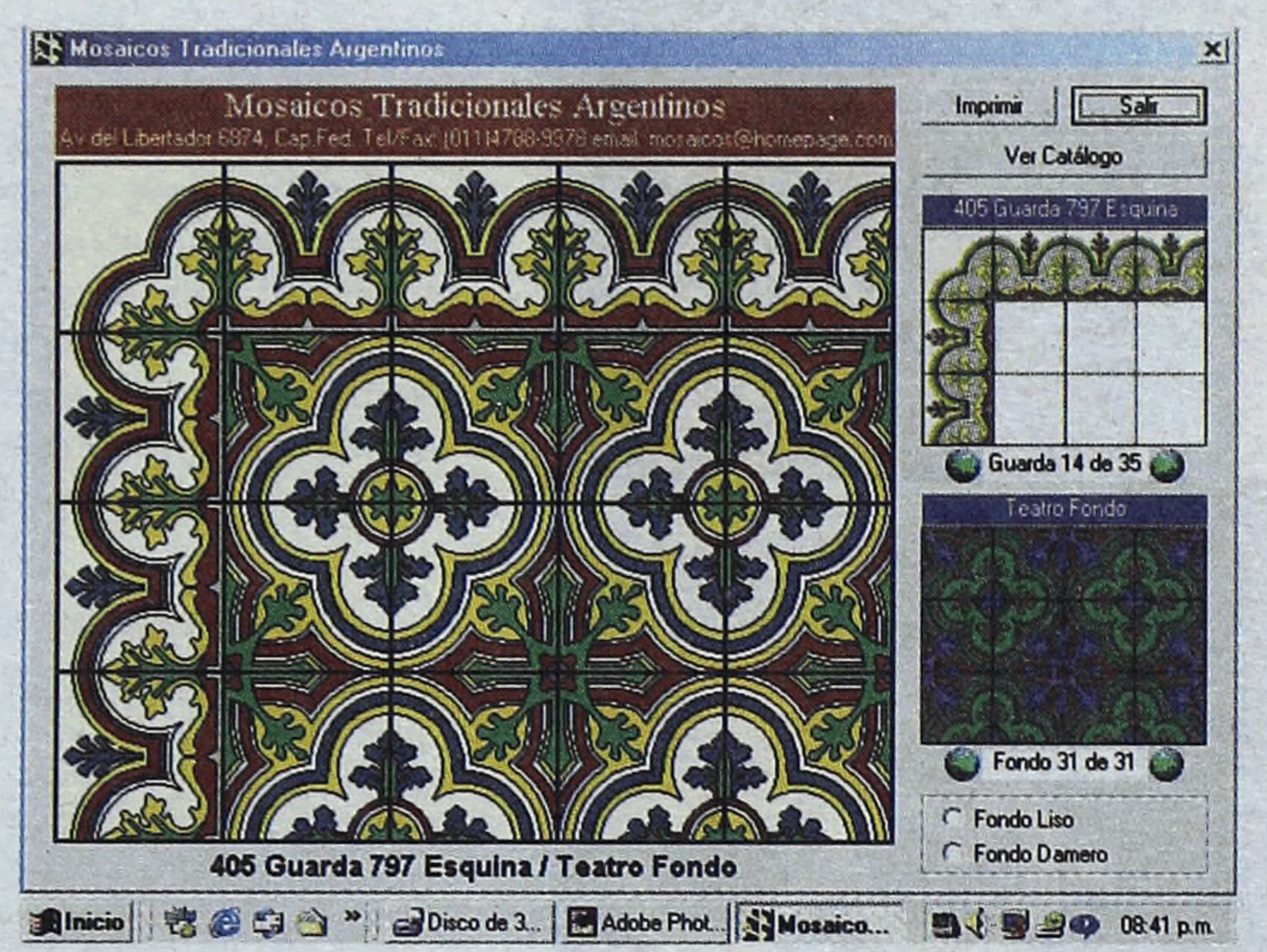
la vuelta de un arte perdido

mosaicos









EL PROGRAMA QUE PERMITE COMBINAR MODELOS Y COLORES.

Un arte qu

Los mosaicos calcáreo
con las últimas fábricas
arquitecto especializad
compró máquinas y mo
una tradición que en su
exportamos hasta a Eu

POR SERGIO KIERNAN

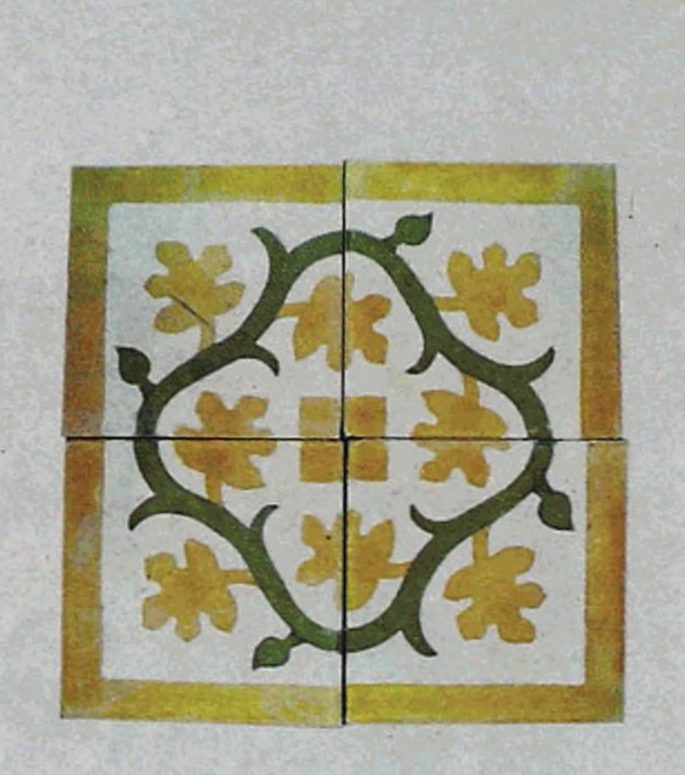
Como los gabinetes de curiosidades, como el gofio y el balero, las molduras y las rejas con arabescos, los mosaicos ya eran cosa del pasado. Raspando, por poco, de puro lindos, se salvaron de seguir el camino de la mayólica, cosa de demoliciones y nostalgias. La "baldosa hidráulica" casi desaparece del repertorio constructivo argentino: el reciclado y la oportuna vuelta a lenguajes tradicionales le dieron un segundo aliento justo cuando se estaban por perder las últimas máquinas, los últimos moldes y los últimos obreros que sabían hacerlas.

Hace poco más de un siglo estas baldosas eran de uso obligado en todo tipo de construcción, desde el patio de la casa de clase media y no tanto –único adorno del conventillo, lujo de profesionales en ascenso– hasta el Salón de los Pasos Perdidos del Congreso y los pavimentos de catedrales y teatros. También eran un crédito de la naciente industria argentina, que expandió la moda a Uruguay y Chile, exportó hasta a Europa y mandó máquinas nacionales que, todavía hoy, silban asmáticas en talleres perdidos del Brasil.

La base de este nuevo pavimento fue el descubrimiento inglés del cemento, a mediados del 1800. Además de imponerse gradualmente en la construcción, reemplazando adobes y argamasas, sirvió para crear estas baldosas durísimas y coloridas, con una técnica que todavía se mantiene incambiada. Entre nosotros, fue un español, José Cortes, el que dominó el mercado en el que fue adelantado. Su fábrica, hoy un garaje en la calle Colombres, impuso diseños, ganó premios –Roma 1911, Milán 1918–, creó técnicas y tomó el nombre "mosaico", que estrictamente denomina superficies de piedra compuesta, para la baldosa. Cortes era tan rico y perspicaz, que además de fomentar y financiar la vivienda de sus obreros, tuvo los primeros dos teléfonos de la industria nacional y le prestó plata para que empiece a un muchacho inquieto, un tal Fortabat, que quería hacer cemento acá para que no se importara más.

La fábrica fundada el Día de la Primavera de 1896 no llegó al siglo. Ya en los años 30 la llegada del granítico, "moderno" y hecho a máquina con más rapidez y a mejor precio, le dio un golpazo al mercado. En 1994, quebrada y con la luz cortada, la fábrica de Cortes cerró. Un arquitecto con posgrado en rescate de patrimonio, Eduardo Mascheroni, compró máquinas y moldes, los llevó a un pequeño taller suburbano y continuó la tradición. Su Compañía Argentina de Pisos hace mosaicos exactamente igual que el pionero español, lo que le valió participar en la restauración de edificios como el Senado, el diario *La Prensa*, el palacio de Aguas, el Museo Mitre, el palacio de la Legislatura porteña, el bellísimo Teatro San Nicolás –cuyas baldosas barroquísimas dieron trabajo extra– y la catedral de La Rio-





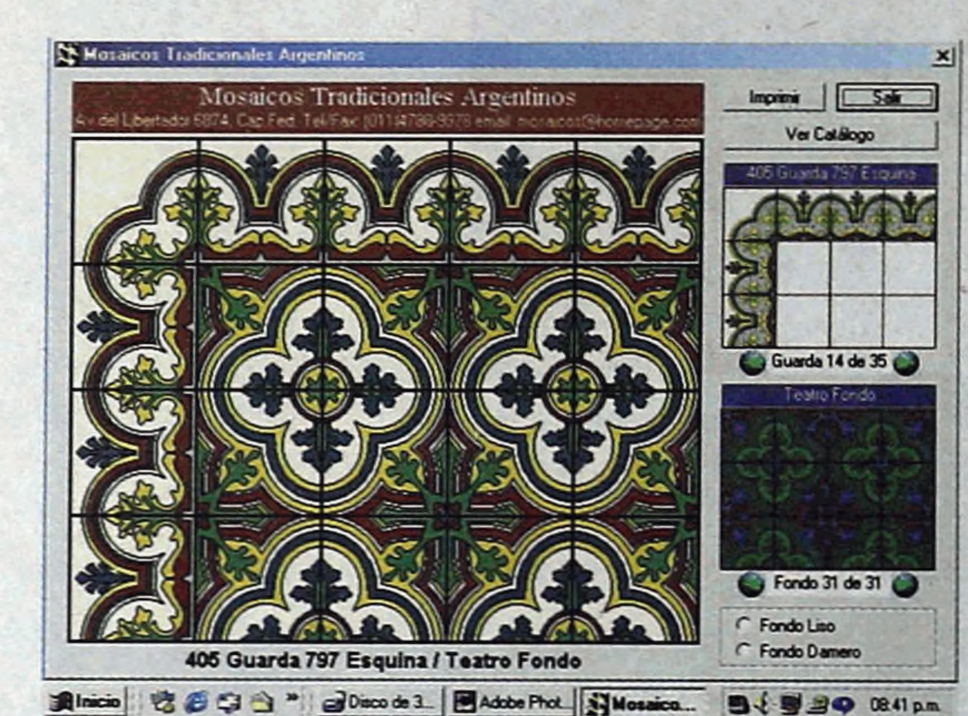






FOTOS: PABLO PIOVANO





EL PROGRAMA QUE PERMITE COMBINAR MODELOS Y COLORES.

Un arte que se salvó

Los mosaicos calcáreos casi desaparecen con las últimas fábricas argentinas. Un arquitecto especializado en patrimonio compró máquinas y moldes para mantener una tradición que en su momento exportamos hasta a Europa.

POR SERGIO KIERNAN

Como los gabinetes de curiosidades, como el gofio y el balero, las molduras y las rejas con arabescos, los mosaicos ya eran cosa del pasado. Raspando, por poco, de puro lindos, se salvaron de seguir el camino de la mayólica, cosa de demoliciones y nostalgias. La "baldosa hidráulica" casi desaparece del repertorio constructivo argentino: el reciclado y la oportuna vuelta a lenguajes tradicionales le dieron un segundo aliento justo cuando se estaban por perder las últimas máquinas, los últimos moldes y los últimos obreros que sabían hacerlas.

Hace poco más de un siglo estas baldosas eran de uso obligado en todo tipo de construcción, desde el patio de la casa de clase media y no tanto –único adorno del conventillo, lujo de profesionales en ascenso– hasta el Salón de los Pasos Perdidos del Congreso y los pavimentos de catedrales y teatros. También eran un crédito de la naciente industria argentina, que expandió la moda a Uruguay y Chile, exportó hasta a Europa y mandó máquinas nacionales que, todavía hoy, silban asmáticas en talleres perdidos del Brasil.

La base de este nuevo pavimento fue el descubrimiento inglés del cemento, a mediados del 1800. Además de imponerse gradualmente en la construcción, reemplazando adobes y argamasas, sirvió para crear estas baldosas durísimas y coloridas, con una técnica que todavía se mantiene incambiada. Entre nosotros, fue un español, José Cortes, el que dominó el mercado en el que fue adelantado. Su fábrica, hoy un garaje en la calle Colombres, impuso diseños, ganó premios –Roma 1911, Milán 1918–, creó técnicas y tomó el nombre "mosaico", que estrictamente denomina superficies de piedra compuesta, para la baldosa. Cortes era tan rico y perspicaz, que además de fomentar y financiar la vivienda de sus obreros, tuvo los primeros dos teléfonos de la industria nacional y le prestó plata para que empiece a un muchacho inquieto, un tal Fortabat, que quería hacer cemento acá para que no se importara más.

La fábrica fundada el Día de la Primavera de 1896 no llegó al siglo. Ya en los años 30 la llegada del granítico, "moderno" y hecho a máquina con más rapidez y a mejor precio, le dio un golpazo al mercado. En 1994, quebrada y con la luz cortada, la fábrica de Cortes cerró. Un arquitecto con posgrado en rescate de patrimonio, Eduardo Mascheroni, compró máquinas y moldes, los llevó a un pequeño taller suburbano y continuó la tradición. Su Compañía Argentina de Pisos hace mosaicos exactamente igual que el pionero español, lo que le valió participar en la restauración de edificios como el Senado, el diario *La Prensa*, el palacio de Aguas, el Museo Mitre, el palacio de la Legislatura porteña, el bellísimo Teatro San Nicolás –cuyas baldosas barroquísimas dieron trabajo extra– y la catedral de La Rioja. En los siete años desde su primera compra, Mascheroni se transformó en un coleccionista de moldes de otras pequeñas fábricas del interior, de Uruguay y Brasil que también habían cerrado.

La técnica es simple, pero requiere manos expertas y años de práctica. El molde de metal –ver foto– se monta en una horma. En el molde se van echando los colores, que tienen la consistencia y el aspecto de pastina. La parte de abajo será después la superficie del mosaico. Terminado el trabajo, se retira el molde: los colores, aunque parezca increíble, no se mezclan sino que forman exactas formas. Encima se agrega la "seca", una capa como de material que fija la humedad. Enseguida se coloca la "tapa" de cemento simple. El sandwich de tres capas se aprieta entonces con una prensa de 20 toneladas y se envía por cuatro horas a un tanque de agua. Como todo es de cemento, se le dan 28 días para que fragüe hasta lograr su consistencia. La colocación en obra no requiere especiales habilidades, pero sí prolijidad. Los mosaicos se percuden fácil con pinturas y cementos y, como no se pulen, hay que evitar rebarbas. Pese a los mitos, el curado es sencillísimo: agua y jabón de barra, como el Federal, que también es el mejor producto para limpiarlos sin que se oscurezcan. El efecto de estos mosaicos calcáreos es encantador, por sus colores vivos y por su leve imprecisión artesanal. Se usan hasta en las paredes -como en el viejo restaurante del Gato Dumas en Recoleta, donde todavía, pese al cambio de dueño, reciben al visitante en el zaguán– y se destacan por sus colores vívidos y sus diseños Art Noveau e italianizantes. La Compañía agregó algunas ventajas informáticas, como un programita que permite cruzar dibujos y colores hasta lograr la combinación perfecta para cada ámbito. El precio de un metro cuadrado liso –la "base" de los pisos– es de 14,90 pesos más IVA, lo mismo que se paga por un metro lineal de mosaico decorado. Tener un piso de éstos origina anécdotas repetidas: siempre hay quien pregunta en qué demolición se compraron los mosaicos -que son indistinguibles de los antiguos– y siempre hay quien pregunta de qué época es la casa "tan bien reciclada" que en realidad se acaba de estrenar.

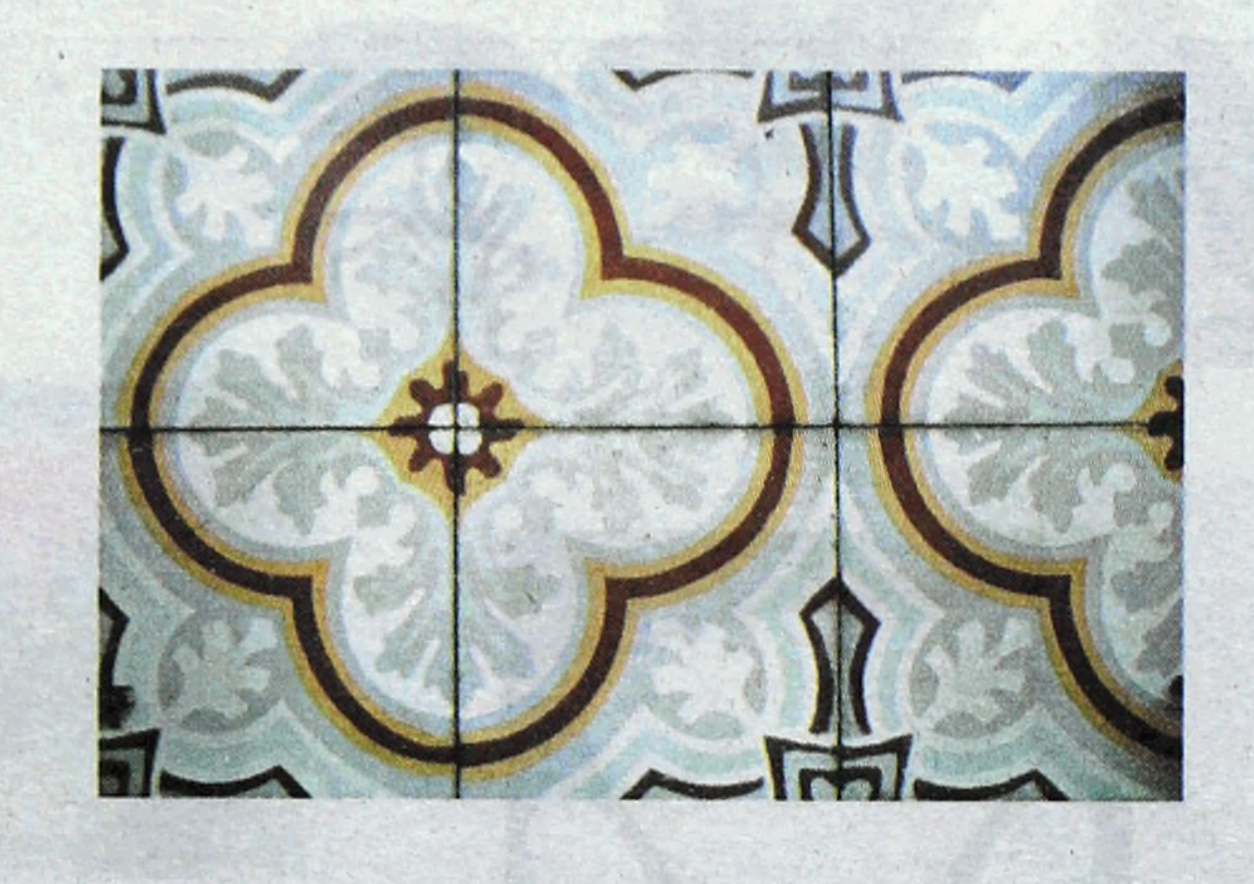
Compañía Argentina de Pisos:

Producen calcáreos con la marca Mosaicos Tradicionales Argentinos. Libertador 6874, Capital, 4788-9978. En la página www.mosaicoscalcareos.com.ar se pueden ver modelos y fotos de obra, y descargar el programa de combinación de modelos.



COMO FABRICAR MOSAICOS. ARRIBA, UN MOLDE TODAVIA CON RESTOS DE LAS PASTINAS DE COLORES DE LA CAPA SUPERIOR. EL MOLDE SE COLOCA EN UNA HORMA COMO LA DE LA FOTO DEL MEDIO, DONDE SE RELLENA CON LOS COLORES. LUEGO SE COLOCA LA CAPA SECA Y FINALMENTE LA TAPA, QUE ES EN REALIDAD LA BASE DEL MOSAICO. EL CONJUNTO SE ENVIA A UNA PRENSA DE 20 TONELADAS Y LUEGO SE SUMERGE EN AGUA POR CUATRO HORAS, EN UN TANQUE COMO EL DE LA FOTO A LA IZQUIERDA. EL PRODUCTO SE DEJA FRAGUAR POR 28 DIAS.







FOTOS: PABLO PIOVANO



e se salvó

s casi desaparecen argentinas. Un en patrimonio ldes para mantener momento ropa.

ja. En los siete años desde su primera compra, Mascheroni se transformó en un coleccionista de moldes de otras pequeñas fábricas del interior, de Uruguay y Brasil que también habían cerrado.

La técnica es simple, pero requiere manos expertas y años de práctica. El molde de metal –ver foto– se monta en una horma. En el molde se van echando los colores, que tienen la consistencia y el aspecto de pastina. La parte de abajo será después la superficie del mosaico. Terminado el trabajo, se retira el molde: los colores, aunque parezca increíble, no se mezclan sino que forman exactas formas. Encima se agrega la "seca", una capa como de material que fija la humedad. Enseguida se coloca la "tapa" de cemento simple. El sandwich de tres capas se aprieta entonces con una prensa de 20 toneladas y se envía por cuatro horas a un tanque de agua. Como todo es de cemento, se le dan 28 días para que fragüe hasta lograr su consistencia. La colocación en obra no requiere especiales habilidades, pero sí prolijidad. Los mosaicos se percuden fácil con pinturas y cementos y, como no se pulen, hay que evitar rebarbas. Pese a los mitos, el curado es sencillísimo: agua y jabón de barra, como el Federal, que también es el mejor producto para limpiarlos sin que se oscurezcan. El efecto de estos mosaicos calcáreos es encantador, por sus colores vivos y por su leve imprecisión artesanal. Se usan hasta en las paredes -como en el viejo restaurante del Gato Dumas en Recoleta, donde todavía, pese al cambio de dueño, reciben al visitante en el zaguán– y se destacan por sus colores vívidos y sus diseños Art Noveau e italianizantes. La Compañía agregó algunas ventajas informáticas, como un programita que permite cruzar dibujos y colores hasta lograr la combinación perfecta para cada ámbito. El precio de un metro cuadrado liso –la "base" de los pisos– es de 14,90 pesos más IVA, lo mismo que se paga por un metro lineal de mosaico decorado. Tener un piso de éstos origina anécdotas repetidas: siempre hay quien pregunta en qué demolición se compraron los mosaicos -que son indistinguibles de los antiguos– y siempre hay quien pregunta de qué época es la casa "tan bien reciclada" que en realidad se acaba de estrenar.

Compañía Argentina de Pisos:
Producen calcáreos con la marca Mosaicos Tradicionales Argentinos. Libertador 6874, Capital, 4788-9978. En la página www.mosaicoscalcareos.com.ar se pueden ver modelos y fotos de obra, y descargar el programa de combinación de modelos.



COMO FABRICAR MOSAICOS. ARRIBA, UN MOLDE TODAVIA CON RESTOS DE LAS PASTINAS DE COLORES DE LA CAPA SUPERIOR. EL MOLDE SE COLOCA EN UNA HORMA COMO LA DE LA FOTO DEL MEDIO, DONDE SE RELLENA CON LOS COLORES. LUEGO SE COLOCA LA CAPA SECA Y FINALMENTE LA TAPA, QUE ES EN REALIDAD LA BASE DEL MOSAICO. EL CONJUNTO SE ENVIA A UNA PRENSA DE 20 TONELADAS Y LUEGO SE SUMERGE EN AGUA POR CUATRO HORAS, EN UN TANQUE COMO EL DE LA FOTO A LA IZQUIERDA. EL PRODUCTO SE DEJA FRAGUAR POR 28 DIAS.

CAL Y ARENA

La rosa porteña

El Museo Saavedra acaba de poner a la venta una verdadera joyita. Es la Rosa de Buenos Aires, un troquelado con imágenes de la ciudad que, desplegado, forma justamente una rosa cubierta de imágenes de edificios y lugares notables. El original data de entre 1841 y 1865, fue donado al museo por Guillermo H. Moores y se usaba como tarjeta postal. Las imágenes están tomadas en su mayoría de los *Recuerdos de Pellegrini*, editado en 1840. Revisar estas imágenes permite, de paso, darse cuenta de que, excepto las iglesias, todos los demás edificios fueron demolidos. La Rosa se vende en el Museo Saavedra y en la Torre de los Ingleses.

Megastore de Whirlpool

La compañía de electrodomésticos Whirlpool inauguró un megastore en el primer piso del supermercado Rodó en Cabildo al 2100, con 5000 metros cuadrados dedicados a exhibir sus productos de alta gama.

Seminario de pintura

Más de 1900 arquitectos, decoradores, contratistas, pintores y constructores asistieron este mes al primer seminario para especialistas de la pintura argentina organizado por Pinturerías Prestigio y marcas del sector. Hubo charlas de capacitación, presentación de productos y demostraciones de su uso.







TRES VISIONES DE LA BUTACA Y OTOMANA DISEÑADA POR CHARLES EAMES Y SU ESPOSA RAY, EXHIBIDA EN EL MUSEUM OF MODERN ART Y UN CLASICO DE SU EPOCA.

LA TULIP DE SAARINEN EN UNA PUBLICIDAD QUE HIZO JUSTICIA A SU CALIDAD DE ICONO DE LOS AÑOS SESENTA.









VARIOS MODELOS DE ARNE JACOBSEN, INCLUIDA LA ANT, A LA DERECHA. SUS CREACIONES SIGUEN FABRICANDOSE.

TROESMAS DEL DISEÑO

Asientos célebres

La silla es uno de los objetos más renovados, cambiados y evolucionados, favoritos de los grandes diseñadores de la historia. Con nombre y apellido, las creaciones de Jacobsen, Saarinen y Eames.

Emblemas de función y estética que pasaron a la historia con el nombre de sus creadores: **Arne Jacobsen** (1902-1971). Arquitecto ecléctico y productivo, nacido en Copenhague, adhirió a la teoría arquitectónica funcionalista, ejerció una gran influencia en casi todos los campos de la arquitectura danesa. Renovó la construcción de viviendas, de edificios públicos como fábricas y escuelas y una terminal aérea, el diseño industrial y hasta la artesanía artística. Su sello personal es el diseño orgánico, pródigo en curvas que convierten muebles y objetos en verdaderas esculturas. Un contrato con el fabricante danés Fritz Hansen dio rienda suelta a su creatividad y amor por los nuevos materiales como la fibra de vidrio y el contrachapado moldeado que materializó en su mobiliario. Su obra más famosa es la silla *Ant* (hormiga), llamada así por su semejanza con el cuerpo de estos animales. Realizada en una pieza de contrachapado moldeado, con una estructura de tubos de acero y tres patas, sus curvas siguen las de las caderas y la cintura humanas. Un clásico del diseño.

Eero Saarinen (1910-1961). Finlandés, fue uno de los arquitectos más destacados de la posguerra de Estados Unidos. En su obra se destacan las formas orgánicas más adecuadas al cuerpo humano y la elaboración artesanal. Es que él, más que arquitecto o diseñador, se jactaba de asemejar sus trabajos a la escultura. De ahí que durante su colaboración con Charles Eames para la firma Knoll Internacional, creara algunos de los muebles más importantes del siglo XX. Una de sus joyitas es la silla N 150, modelo Tulip, que debe su nombre a su parecido con los tulipanes. Aunque consta de dos partes, un base de aluminio y el asiento de fibra de vidrio, la pintura blanca que la reviste hace parecer que esta formada por una sola pieza. Un efecto que recorrió el mundo y permanece hasta el día de hoy en variados escenarios públicos y privados.

Charles Eames (1907-1978). Americano, perteneciente a un grupo de arquitectos y fabricantes progresistas, tomó la posta del diseño de los años 50 tan celosamente guardada hasta entonces por los europeos. Prolífico, sus experimentaciones sobre técnicas de moldeado de madera le valieron desde encargos de la Marina de Estados Unidos hasta la creación de una fábrica de donde salieron prototipos de lo más exitosos expuestos luego en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, como las sillas de madera que hizo en conjunto con Ray, su segunda esposa. Aunque tal vez lo que más lo destacó haya sido su intento de acercar el diseño a todos prometiendo calidad a bajo costo. Un legado indiscutible fue la butaca y reposapiés u otomana para Herman Miller, de estructura de palo de rosa moldeado, tapizado de cuero y base de aluminio fundido. Símbolo de modernidad en su momento (año '56) y de status al día de hoy.

Hoja de ruta

Los que quieran dar con estos diseños únicos pueden acercarse a Línea Internacional (Arenales 1145, 4813-4794) y Acento (Videla 259, Quilmes) donde venden Jacobsen; el local Colección (Paraguay 1180, 4816-2270), licenciatarios exclusivos de los diseños de Charles Eames para Herman Miller y La Pasionaria por las Saarinen (Godoy Cruz 1541, 4773-0563).